

Pero en los años ochenta aquella desenfadada postura respecto de las relaciones entre humanos y ecosistemas, que comprendía una explicación laxa y una propuesta de acción poco política -en el sentido más usual o coloquial de este término-, fue tornándose posibilista, o sea, menos utopista, desembarazándose de reivindicaciones como las de autogestión administrativa y económica de las comunidades, de renuncia a las tecnologías duras, de achicamiento de las unidades productivas e integración de los asentamientos humanos al medio natural... De todo esto, por supuesto, queda huellas o trasuntos en el movimiento ambientalista actual, y por eso se le sigue llamando *ecologista*, mas lo central ahora, en el enfoque que las élites y las mayorías tienen sobre la interacción entre sociedad y naturaleza, es el *desarrollo*. Se insiste en que éste debe continuarse, resguardando la solvencia proveedora de la base de recursos naturales y procurando no malograr los ciclos ecológicos principales; se hace hincapié en que debe estimularse ininterrumpidamente y con más fruición el crecimiento económico, aunque éste suponga e implique el aumento de la explotación de la naturaleza y el alza del consumo, que inexorablemente llevan aparejados más

desequilibrios ecosistémicos, pérdida de biodiversidad y mayor generación de desechos -la contaminación-. Pero a estas lacras se les intenta disminuir o paliar acicateando eficazmente el desarrollo tecnológico.

Esto es lo que nos ha quedado y con lo que pasamos la frontera del siglo. La ideología del progreso, desnudada y rechazada por el ecologismo primero, ha ganado todo el terreno que treinta años atrás los atormentados por la crisis ambiental le negaban; la vastedad del contingente de los preocupados actuales ve conciliada la protección del medio natural con el desarrollo, con el *progreso* (que hasta ahora ha sido concebido como avance sobre lo *natural* en general, sobre lo anticivilizatorio).

El punto de llegada de esta evolución del ideario ecologista pudo haber sido más altruista, menos frío, más uterino o menos crematístico. Mas el equipaje de principios y saberes que nos ha quedado, el propio de un ecologismo disminuido y alivianado, a los sabios mayoritarios les parece suficiente para aun remontar el próximo siglo, jadeantes.

## El cambio climático afecta la biodiversidad de Monteverde

JULIO CALVO

Director del Centro Científico Tropical

A pesar de que en foros académicos y políticos mundiales continúa el debate sobre si el calentamiento global de la atmósfera terrestre existe y está relacionado efectivamente con la concentración de gases de invernadero en la atmósfera, o si sólo se trata de un fenómeno cíclico natural de la Tierra, podemos constatar una serie de desequilibrios ecosistémicos generados por aquel calentamiento.

Hace siete años, el Centro Científico Tropical en colaboración con la Universidad de Virginia realizó un estudio sobre los impactos potenciales del cambio

climático en la productividad de los bosques de Costa Rica que concluyó afirmando que con un aumento en la temperatura promedio de 2,5° C, y un aumento en la precipitación promedio anual de un 10%, un 44% del territorio nacional sufriría cambios en la distribución y extensión de sus zonas de vida o regiones ecológicas, y que con un aumento de 3,5° C y 10% de precipitación los cambios afectarían hasta un 60% del territorio. Este estudio reveló que las zonas de vida Bosque Seco Tropical, Bosque Pluvial Montano y Páramo Pluvial desaparecerían

